

# «La mayor grandeza humillada y la humildad más engrandecida»: el VI conde de Monterrey y la embajada de obediencia de Felipe IV al papa Gregorio XV\*

ÁNGEL RIVAS ALBALADEJO

A lo largo de la Edad Moderna fueron varias las embajadas de obediencia legadas por los monarcas españoles a Roma. De origen medieval, estas misiones diplomáticas extraordinarias eran enviadas en los principios de un reinado o cuando se elegía a un nuevo pontífice. A través de ellas el rey, representado por su embajador elegido entre la más alta nobleza, reconocía de manera pública al nuevo vicario de Cristo en la tierra en un acto de marcado carácter simbólico organizado en torno a un complejo ceremonial.

En 1621 fallecieron, con poco más de dos meses de diferencia, el pontífice Pablo V y el rey Felipe III. Un joven de apenas 16 años, tomaba las riendas de la monarquía más poderosa del momento mientras

\* Resumen del trabajo realizado para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados, dirigido por el profesor Joan Lluís Palos Peñarroya y defendido en el Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona el día 29 de octubre de 2008, ante un tribunal compuesto por los profesores María de los Ángeles Pérez Samper, Joan Sureda Pons y Xavier Gil Pujol. El aparato documental utilizado para la redacción del mismo ha permitido la publicación del estudio «*La mayor grandeza humillada y la humildad más engrandecida*»: *el VI conde de Monterrey y la embajada de obediencia de Felipe IV a Gregorio XV*, en Martínez Millán, J. y Rivero Rodríguez, M. (coords.), *Centros de poder italianos en la Monarquía Hispánica (siglos xv-xviii)*. Vol. I, pp. 703- 750, Madrid, Polifemo, 2010.

que un hombre de avanzada edad era elegido como sucesor de Pedro tomando el nombre de Gregorio XV. La conjunción en el tiempo de estas dos circunstancias confirió a la embajada enviada por el rey católico un carácter excepcional. Manuel de Fonseca y Zúñiga, VI conde de Monterrey y III de Fuentes de Valdepero fue el noble elegido por Felipe IV para dar la obediencia al Santo Padre en su nombre.

Apoyándonos en la documentación conservada en varias instituciones españolas (Archivo General de Simancas, Archivo Histórico Nacional, Archivo de la Casa de Alba, Biblioteca Nacional de España, Real Academia de la Historia, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, etc.) hemos tratado de esclarecer, en la medida de lo posible, las circunstancias que rodearon esta misión.

En este trabajo hemos intentado profundizar en el conocimiento de la embajada de obediencia de Felipe IV ante Gregorio XV, siendo el punto de partida de la tesis doctoral que preparamos sobre la actividad política, diplomática y cultural desempeñada por Monterrey en Italia. Junto a ello, se ha pretendido esbozar una breve semblanza y un estado de la cuestión de la bibliografía que ha suscitado este personaje.

Don Gaspar de Acevedo y Zúñiga (V conde de Monterrey) y doña Inés de Velasco contrajeron matrimonio en 1583. La pareja tuvo cinco hijos: Jerónimo, Manuel, Catalina, María e Inés. En 1595, tres años después de la muerte de su mujer, don Gaspar partía hacia América, donde desempeñó los cargos de virrey de Nueva España y más tarde del Perú. Sus hijos permanecieron en España donde, al menos don Manuel, fue tutelado por su tío Baltasar de Zúñiga, una de las personalidades más interesantes del reinado de Felipe III y de los primerísimos momentos del de Felipe IV.

Don Manuel nació en Villalpando el 24 de diciembre de 1588 y pasó su infancia en esta localidad, situada en la actual provincia de Zamora. Pocos años más tarde se trasladó a Madrid donde comenzó su carrera cortesana como paje de la reina Margarita. Desde 1606 fue caballero de la orden de Santiago y en 1621 fue nombrado grande de España. Desempeñó el cargo de presidente del Consejo Supremo de Italia desde 1622 hasta 1653, fue miembro de los consejos de Estado y Guerra, presidente

de las Cortes del Reino de Aragón celebradas en 1626, embajador ante la Santa Sede entre 1629 y 1631, virrey de Nápoles de 1631 a 1637 y, poco tiempo después, se puso al frente del ejército enviado por Felipe IV a la frontera del sudoeste con Portugal, en la delicada coyuntura de 1640. Su figura parece perder peso político a partir de la caída del conde-duque en enero de 1643. Aun así, continuará desempeñando un papel relevante en el gobierno hasta su muerte, acaecida en marzo de 1653. En definitiva, Monterrey fue uno de los nobles más notables del reinado del Rey Planeta. A pesar de ello, no ha habido muchos historiadores interesados en su trayectoria política. Los estudios dedicados a él son escasos y, en su inmensa mayoría, se han dirigido a su actividad como mecenas y coleccionista de obras de arte centrándose esencialmente en la fundación de la iglesia y el convento de las Agustinas Recoletas de Salamanca patrocinada por el conde y su esposa y olvidando su importancia como hombre de Estado.

El 4 de noviembre de 1621, don Manuel de Fonseca y Zúñiga partió de Madrid junto con su numerosa «familia» hacia Barcelona, donde embarcaron en las galeras de Génova. Llegaron a ésta república el 23 de diciembre y permanecieron en ella más de dos meses. A pesar de que en Roma se le esperaba en enero, hasta el 11 de marzo de 1622 no hizo su entrada «secreta» en la ciudad y, esa misma noche, fue a besar el pie al Papa. Al día siguiente asistió a una de las canonizaciones más extraordinarias del siglo XVII: nada menos que cuatro españoles (Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Jesús e Isidro Labrador) y un italiano (Felipe Neri) fueron elevados a los altares ese día.

El 15 de marzo, Monterrey realizó su entrada oficial en la ciudad rodeado de «grandísima ostentación y grandeza». La ocasión lo requería pues era el propio rey de España quien, a través de su embajador, acudía a la ciudad para prestar obediencia al vicario de Cristo en la tierra. El cortejo se dirigió desde la villa Julia hacia el Corso mientras una multitud de personas se agolpaba para ver un espectáculo de ostentación y lujo en el que quedó patente la grandeza e influencia de la monarquía hispánica en el corazón mismo de la cristiandad.

Dos días más tarde se celebró el pomposo acto de dar la obediencia

al santo padre. Monterrey y el duque de Alburquerque, embajador ordinario de Felipe IV ante la Santa Sede, fueron recibidos por Gregorio XV. Don Manuel besó el pie al papa y le entregó una carta del monarca. Inmediatamente después, se leyó una «oración» que, más tarde, fue replicada con un escrito redactado por Juan Francisco Campolino, el secretario del papa. Tras ello, el conde volvió a besar el pie del pontífice y presentó a los criados y caballeros que le acompañaban mientras éstos iban besando el pie al Santo Padre. Al terminar el acto, los dos embajadores comieron con el pontífice (en mesas separadas) mientras se leían epístolas de San Jerónimo. Finalizada la comida, Monterrey y Alburquerque mantuvieron «una conversación sobremesa» con Gregorio XV. Concluido el acto, el conde inició las protocolarias visitas a los cardenales.

Uno de los aspectos que más nos ha interesado en este trabajo ha sido el del ceremonial llevado a cabo tanto en la entrada de la comitiva en la ciudad como en el acto de obediencia. Hemos podido conocer las principales fases de este severo ritual gracias a una carta enviada por el propio conde a Felipe IV y a una relación anónima en las que se ofrece una detallada descripción de estos acontecimientos. Junto a ello, el análisis de la «oración» leída ante el pontífice nos ha permitido conocer el mensaje que, al inicio de su reinado, Felipe IV deseaba transmitir a la Santa Sede.

Por otro lado, gracias a dos inventarios conservados en el Archivo de la Casa de Alba, hemos podido conocer los regalos que Monterrey entregó al papa y a varios personajes de la corte pontificia. «Caxitas de cuero de la Yndia», «caxas de ámbar con alcorzas y pastillas», «rosarios», «caxas de madera compuestas de Portugal», «caxas de tortuga», una «caja con la bolsa de corporales bolsos y almoadico bordado de ámbar», «búcaros y porcelanas», un «rosario de cocos guarnecido de oro», «guantes de ámbar» o «piedras bezar» son sólo una muestra de los mismos.

Sin embargo, este trabajo no sólo se ha centrado en esta misión diplomática. En él también nos hemos ocupado de otros aspectos, ya que ésta no fue la única labor desempeñada por don Manuel durante los

meses que estuvo en Italia. El conde aprovechó el viaje a Roma para promover la devoción de la Fiesta del Santo Nombre de María tarea que, con el consentimiento del monarca, le había encomendado fray Simón de Rojas, religioso trinitario de gran fama y prestigio en Madrid, amigo y confidente suyo, así como de su esposa doña Leonor y de la reina Isabel de Borbón.

Además, consiguió que el Papa promulgara el decreto *Sanctissimus* de 24 de mayo de 1622, por el que la prohibición de Paulo V de afirmar en lecciones o sermones públicos que la Virgen había sido concebida en pecado original, se extendía también a los escritos y discursos privados. Se prohibía, por tanto, cualquier afirmación privada o pública que sostuviera que la Virgen fue concebida en pecado, dando así un paso importante hacia la declaración dogmática de la Concepción Inmaculada de María, que no llegaría, como es sabido, hasta el 8 de diciembre de 1854 con la bula *Ineffabilis Deus*.

La postrera misión que el conde tuvo que cumplir antes de regresar a Madrid fue dar el pésame de parte de Felipe IV a la familia Médici por la muerte de Cosme II, gran duque de Toscana, acaecida el 28 de febrero de 1621. Su sucesor, Fernando II, era todavía un niño cuando había fallecido su padre. La situación preocupaba en Madrid y se instaba a Monterrey a que, una vez dado el pésame y cuando se presentase la ocasión más apropiada, advirtiera a la «Archiduquesa y granduquesa abuela» de la necesidad de tutelar al joven. Gracias a las instrucciones enviadas desde Madrid para llevar a cabo esta empresa, hemos podido conocer el estado de las relaciones políticas entre Florencia y Madrid en este período concreto. Una vez finalizada esta misión, la comitiva emprendió el viaje de vuelta hacia España.

Desde Florencia el conde se dirigió pasando por Pisa y por Lucca a Génova, para embarcar allí hacia Barcelona. La entrada en Madrid se produjo, con gran pompa, el día 5 de septiembre de 1622.

De esta manera acababa el viaje que don Manuel había emprendido diez meses antes. La misión había finalizado con éxito y su actuación sirvió para consolidar, aún más, las óptimas relaciones entre la monarquía hispánica y la Santa Sede. Sin embargo, este equilibrio se

vio pronto truncado debido a la muerte de Gregorio XV el 8 de julio de 1623. Efectivamente, a pesar de haber empezado con buen pie, las relaciones políticas entre la monarquía y la sede apostólica durante el siguiente pontificado se enfriaron con los años, a medida que la posición francófila de Urbano VIII se hacía más evidente. Monterrey tendría ocasión de conocer de primera mano los secretos de esta política gracias a los cargos que pocos años después desempeñaría representando los intereses del monarca en Italia.

El trabajo incluye un estado de la cuestión de la bibliografía relacionada con el conde de Monterrey, así como un apéndice documental que sirve de apoyo a los datos aportados a lo largo del estudio. En él, entre otros documentos, presentamos los relativos a su nombramiento como embajador de obediencia, las instrucciones que se le dieron para desempeñar tanto esta misión como la que realizó en Florencia y varias cartas enviadas desde Madrid al embajador ordinario ante la Santa Sede, al papa y a la práctica totalidad del colegio de cardenales. Junto a ellos, incluimos su nombramiento como presidente del Consejo de Italia, una relación de su entrada en Roma, una carta del propio Monterrey dirigida a Felipe IV en la que relata su entrada y sus primeros días en la ciudad, así como la «oración» leída ante el Santo Padre durante el acto de dar la obediencia. Aportamos además dos «memorias» en las que se enumeran los regalos que Monterrey llevaba para entregar al papa y a diferentes personajes de la Roma del momento, lo que nos ha permitido acercarnos a la tipología de presente diplomático de la época. Finalmente, incluimos un apartado en el que recogemos un listado de los libros dedicados a don Manuel que hemos podido localizar, así como varias estampas en las que el conde aparece retratado.

Tras la investigación llevada a cabo a fin de la realización de este trabajo, podemos afirmar que su elección para realizar esta embajada viene motivada por la influencia de su tío don Baltasar de Zúñiga en la corte. Acertadamente, Zúñiga ha sido considerado como “un valido en transición” entre los reinados de Felipe III y Felipe IV. Tras su muerte en octubre de 1622 don Manuel contó con el apoyo de Olivares, de quien, además de primo hermano, era cuñado por partida doble ya que

la hermana del conde duque, doña Leonor María de Guzmán, casó con Monterrey y la hermana de éste, Inés, contrajo matrimonio con el valido. Esta circunstancia será trascendental en el desarrollo de la carrera política del conde. A esta relación familiar se deben, sin duda, sus posteriores nombramientos como embajador en Roma y virrey de Nápoles.

Los servicios prestados por el conde en esta misión fueron premiados con la concesión de un importante cargo dentro del sistema polisinodial de la monarquía, la presidencia del Consejo de Italia, que había quedado vacante tras la muerte de Zúñiga. Monterrey juró el cargo en El Escorial el 10 de octubre de 1622, apenas un mes después de su regreso a Madrid. Esta embajada supuso el punto de partida de la fulminante carrera política de Monterrey y fue la catapulta que le lanzó hacia algunos de los cargos más importantes que un noble podía ejercer al servicio del rey católico.